

Una historia de vida: dos camaradas unidos más allá del deber

LOS HOMBRES Y SUS CIRCUNSTANCIAS

Hacia 1981, en la Compañía de Policía Militar 141, ahora disuelta y con su cuartel compartido con varias unidades de la ex Brigada Aerotransportada IV, camino a La Calera, Córdoba, revistaban dos hombres cuyas vidas y destinos se veían curiosamente entrelazados. Ambos eran paracaidistas y comandos y aunque se destacaban nítidamente por la forma en que se consagraban en cuerpo y alma al servicio en un elemento de un cierto modo, secundario, tenían su corazón en las unidades especiales de paracaidistas que formaban parte de esa particular Brigada. Su forma de entrenarse, su espíritu de cuerpo y la orgullosa forma en que ostentaban sus rojas boinas y cuchillos de paracaidistas, sólo eran una parte de lo que extrañaban de ese modo especial de asumir la Milicia, integrando Fuerzas de Adiestramiento Especial. Ellos lo habían experimentado y ahora, lejos de ese ámbito, añoraban el sentido particular de pertenencia y espíritu de cuerpo que tienen las unidades de este tipo.

José Vercesi, era capitán de Infantería, Comando, Paracaidista y curtido soldado. Poseedor de un temperamento apacible, reflexivo y serio, tenía al mismo tiempo, un sólido espíritu militar. Se sentía un verdadero soldado, y sabía que su profesión, impulsada por su vocación, lo llevaba a una cierta falta de docilidad. A él no le gustaban las cosas a medias tintas y se exigía a sí mismo, tal como lo hacía con sus subordinados y hasta con sus superiores. No era un tipo fácil y su foja de servicios no lo desmentía: tenía no pocos días de arresto o llamadas de atención por su renuencia a mostrarse sumiso a órdenes o sistemas que consideraba poco serios, tibios o demasiado convencionales. Con una personalidad controlada y partidario de los procedimientos estrictamente reglamentarios y responsables, había hecho de su formación como Comando y Paracaidista, un verdadero culto de las formas de mostrarse inflexible toda vez que las circunstancias lo aconsejaban. A pesar de su aparentemente ruda forma de ser, sus subalternos lo apreciaban enormemente y sus superiores lo respetaban, escuchaban y le tenían en gran estima. Entre los cuadros y tropa, era conocido afectuosamente como “el Tano”.

Mateo Sbert, era Sargento 1ro de Ingenieros y por esos extraños casos de la vida militar, había ido a parar, tras su formación como Comando y Paracaidista, a una Compañía de Policía Militar. Su frustración era grande y aunque se desempeñaba en su destino con una corrección intachable, toda vez que podía, al enterarse de los turnos de aerocooperación, vuelo y lanzamiento, se arribaba a la vecina Compañía de Ingenieros Aerotransportada 4 y solicitaba una plaza para poder saltar y así mantener su habilidad y estado. En esta subunidad independiente, era querido y respetado como ninguno y su sola presencia constituía un ejemplo de corrección, camaradería, buen humor, caballerosidad y profesionalismo. Era muy responsable y preocupado por su profesión, lo que lo había llevado a realizar variados cursos, siempre en busca de sobresalir y saber más de la carrera que había elegido. Uno de ellos, era el de Técnico Cartógrafo. Sus sobresalientes condiciones como soldado hacían que muchos suboficiales más antiguos que él, lo trataran respetuosamente, anteponiendo el pronombre posesivo, tan clásico en nuestras costumbres. No obstante, era muy apreciado por todos y era conocido por el apodo de “el Turco”.

Los dos soldados con mayúsculas, Mateo y José, habían –dentro de las formalidades propias de la vida castrense- simpatizado de inmediato. Ambos compartían aficiones similares, una idéntica visión acerca de cómo debe ser interpretada la vocación militar y dentro de ella, habían sentido el especial llamado de ejercerla a través de las exigencias más fuertes. Era en ellas cuando más la disfrutaban, ejecutando los entrenamientos más duros y a las teniendo las experiencias más verídicas y riesgosas. Durante el tiempo que estuvieron destinados juntos en la Compañía de Policía Militar 141, habían dejado una verdadera marca de profesionalismo y virtudes militares, particularmente por su sentido de la rectitud, arrojo y deseos de superación.

Esa mezcla de atávicos temores y la forma en que los desafiaban, los hacía sentir siempre “al filo”, les reforzaba su confianza en sí mismos y los llevaba a desarrollar en las actividades de instrucción del personal la mejor preparación para la guerra, con riesgos siempre controlados, sabedores de lo que se jugaba en cada ocasión.

A la recíproca, sus subalternos, sentían una real admiración por estos dos hombres que paradójicamente se exteriorizaban con absoluta modestia y desprecio por aquellos aspectos que otros consideraban verdaderas proezas.

Otro detalle, pero más personal, en el que habían coincidido sus afanes e inquietudes, fue en la dedicación que les prodigaban a sus respectivas familias. Ambos comentaban de las andanzas de sus proles; la de Mateo: Maximiliano, (de tan sólo ocho años), Martín y Marcos, y la de José: Juan Pablo y María Gracia, los “pre-Malvinas”, a quienes se agregarían después de 1982, Ignacio y María Luz. Estas afinidades personales y las “aventuras” corridas juntos por los cursos y destinos compartidos, comisiones y otras actividades, había forjado en ellos una suerte de hermandad, en la que el uno sabía certeramente, que podía contar con el otro. Las vueltas de la vida militar, los habían hecho coincidir en el mismo destino, que si bien no era el más ambicionado por ellos, a él se entregaban sagradamente, como si fuera una compañía de Comandos... y así, era el excelente producto que salía de estos instructores: soldados inmejorables...

El año 1981, finalizó con el pase de Mateo al EMGE, permaneciendo José en la Compañía de Policía Militar. Desde su nuevo destino, Mateo ambicionaba realizar un nuevo curso que le permitiera presentarse para prestar servicios como auxiliar de Agregadurías Militares. En la Jefatura de Movilización del EMGE, veía con cierta frecuencia a un antiguo jefe que había tenido con anterioridad en el ex B Ing Comb 101, en San Nicolás, un coronel, soldado como pocos, que había aprendido a conocerlo, respetarlo y valorarle sus condiciones profesionales.

ESTALLA LA GUERRA

El amanecer del 2 de abril de 1982, todo el país, despertó asombrado con la noticia de la toma argentina de las irredentas islas Malvinas. De inmediato, una vibrante corriente eléctrica, recorrió los nervios de todo el personal militar y pronto comenzaron a circular especulaciones de todo tipo, esperando ser convocados individualmente para reforzar o completar los cuadros de unidades que marcharían al Teatro de Operaciones, o a conformar nuevos elementos. Vercesi, se presentó temprano a su Jefe de Compañía, el por entonces mayor Lazzarano, para solicitar incorporarse voluntariamente en unidades que fueran trasladadas a las islas. El mayor, primero retaceó la solicitud, y la dejó en espera. Sabía que el tener la capacitación de comandos, tarde o temprano, lo llevaría a la guerra, por lo que dejó pasar unos días. También y por depender del Comando del IIIer Cuerpo de Ejército la subunidad donde se encontraba revistando, se entrevistó con su comandante, obteniendo el mismo resultado.

Sbert, en Buenos Aires, acudió a quien fuera su antiguo jefe en San Nicolás, quien hizo todo lo posible para disuadirlo, haciéndole hincapié para que tuviera en cuenta su edad, su grupo familiar y el hecho de que por no estar directamente vinculado al especial entrenamiento de las tropas comando, le sería difícil encarar una exigencia como la que se venía.

Vercesi, inflamado como estaba por la situación que se vivía, incluso había planificado junto con otro camarada, ahora como él, también retirado, en hacer abandono de destino; “colarse” en algún avión y presentarse como voluntario en cualquiera de las unidades que ya se encontraban en las islas, aprovechando el “puente aéreo” entre aquellas y el continente. Pero esa desesperada y romántica medida no fue necesario tomarla. En Buenos Aires, el antiguo jefe de Sbert en San Nicolás, tampoco pudo hacer nada para disuadir a su antiguo subordinado. El 23 de mayo de 1982, un mensaje cifrado, ordenó la presentación de ambos, entre otros cuadros comandos, en la Escuela de Infantería, para integrar una segunda Compañía de Comandos en formación, la 602.

El tiempo comenzó a volar... Contaron desde su convocatoria hasta su presentación en Campo de Mayo, lugar de organización de la nueva subunidad, con sólo unas 48 horas para equiparse, despedirse y “arreglar sus asuntos personales...”

Ni bien llegaron y se presentaron al jefe de la flamante Compañía de Comandos 602, mayor Aldo Rico, éste se reunió con quienes serían su 2do Jefe, el capitán Villarruel y los jefes de Sección, entre quienes se encontraba el capitán José Vercesi, que sería jefe de la 1ra Sección de Asalto.

Por orden del jefe de compañía, debían organizar las fracciones eligiendo personalmente a los integrantes, teniendo especialmente en cuenta la afinidad personal y el conocimiento mutuo producto de cursos o actividades anteriores. Esto se llevó a cabo improvisándose muchas cosas y tomándose cuidadosamente los recaudos necesarios como para imponerse de la situación reinante en las islas, con la mayor premura y detalle posibles. Sin dudarlo, Vercesi llamó a su lado al fiel y valioso Mateo Sbert, quien desde que se insinuara la primera posibilidad de ser convocado, voluntaria y solitariamente, se había sometido a duras exigencias físicas de entrenamiento, a fin de estar a tono con las difíciles circunstancias de combate a enfrentar y el estado físico sobresaliente que tenían los jóvenes oficiales y suboficiales comandos convocados.

Sbert, ante la elección, exaltado, seguía a su capitán, leal y denodadamente a todas partes, esforzándose al máximo para dar cumplimiento preciso a cada orden recibida. Terminada la organización de la flamante subunidad, con sus efectivos al completo, marchó al Teatro de Operaciones y habiendo transcurrido tan sólo ocho días de recibir la Orden Preparatoria, ya se encontraba cumpliendo operaciones de combate... El rol de combate de la 1ra Sección de Asalto de la Ca Cdos 602, era el siguiente:

J Sec Asal	Cap	VERCESI
2do J Sec Asal / S-3	Tte 1ro	LOSITO
S – 2 / Navegante / Esp Arm (Blow Pipe)	Tte	BRUN
Radiooperador	Tte	GATTI
Tirador Especial	Tte	ESPINOSA
Aux MAG	Tte	MARTINEZ
Baqueano y Navegante / Enc Sec	Sarg 1ro	HELGUERO (Ca Cdos 601)
Tir	Sarg 1ro	MEDINA
Ap L Coh Instalaza	Sarg 1ro	CASTILLO
Paramédico	Sarg 1ro	PEDROSO
Ap MAG	Sarg 1ro	SBERT
Esp Arm (Blow Pipe)	Cbo 1ro	VALDIVIESO
Esp Arm (Blow Pipe)	Cbo	DELGADILLO



Ca Cdos 602 en Ezeiza antes de partir

LA LLEGADA Y LOS PREPARATIVOS

En 1999, quien fuera el segundo al mando en la 1ra Sección de Asalto, el hoy coronel Horacio Losito, narró en el libro *“Así Peleamos Malvinas, Testimonios de Veteranos del Ejército”*, el episodio que a sangre y fuego, quedó grabado en la historia malvinera y en la vida de los integrantes de esa Sección. De la misma forma lo relata el historiador militar, Dr. Isidoro Ruiz Moreno, en su obra *“Comandos en Acción”*.

“Todo comenzó en la noche del viernes 28, cuando el capitán José Vercesi, jefe de la 1ra sección, recibió la orden de ejecutar una exploración de 40 kilómetros, para informar sobre las actividades de los británicos que habían desembarcado el 21 de mayo, y de los cuales se sabía poco y nada. La realidad nos golpeó bruscamente cuando el mayor Mario Castagneto, jefe de la Compañía 601, a las pocas horas de arribar a las islas, nos impuso acerca de la situación. Nada iba a ser fácil. Con un panorama contradictorio y confuso comenzamos a planificar la misión. Con un particular cansancio, producto de las tensiones vividas en los últimos días y con falta de sueño, los hombres de la 1ra Sección, reforzados con suboficiales apuntadores de misiles Blow-Pipe, un enfermero y el sargento 1ro Helguero de la Compañía de Comandos 601, nos alistamos para la salida. Partimos a poco de amanecer en dos helicópteros ‘peinando’ las formas del terreno para evitar radares y armas, y tratando de familiarizarnos con el recorrido, en prevención de tener que volver a pie. Desembarcamos a pocos kilómetros del monte Simons, un cerro de gran altura. No nos imaginábamos que a escasos metros estaba el campamento del enemigo, situado en Teal Inlet Settlement, cuyo jefe era el brigadier Julian Thompson. Cuando se alejaron los helicópteros una extraña sensación nos envolvió. Un silencio tajante contrastaba con el ruido ensordecedor de los motores. Estábamos en tierra de nadie, a mitad de camino entre la cabeza de playa de los británicos y nuestras posiciones, lejos de cualquier ayuda, confiando solamente en la propia capacidad y creyendo ciegamente en el camarada”, contó Losito.

“Luego de una marcha forzada, llegamos a proximidades de la cima del monte, lugar desde el cual se podía observar con mayor precisión y distancia. A las pocas horas, divisamos un corredor aéreo de helicópteros enemigos que transportaba externamente cañones y bultos en grandes cantidades. Volaban en la dirección general la línea San Carlos - Puerto Argentino. Intentamos informar lo que veíamos, aplicando todos los conocimientos de comunicaciones a nuestro alcance, sin éxito. La interferencia era enorme y no queríamos mantener prendido el equipo durante mucho tiempo para evitar ser detectados. Sin embargo, en uno de los intentos logramos escuchar los partes que transmitían las otras Secciones de las Compañías; de esta manera, conocimos los resultados del combate en Monte Kent, donde la otra sección de la 602 se enfrentaba con el escuadrón "D" del SAS y con los hombres del Comando 42 inglés. El saldo fue negativo. Murieron lamentablemente, el teniente 1ro Rubén Márquez, el sargento 1ro Oscar Blas, y el sargento 1ro Raimundo Viltés recibió heridas, que le produjeron la amputación del pie derecho. El 30 de mayo de 1982 amaneció frío pero soleado. A media mañana, el capitán resolvió desplazarse hacia Fitz Roy, a unos 20 kilómetros del lugar. El objetivo era conectarse con una sección de Ingenieros y desde allí poder transmitir los informes. Comenzamos la marcha sobrecargados, porque también transportábamos armamento y munición de un depósito que había instalado la Compañía de Comandos 601. El desplazamiento sobre la turba se hizo muy dificultoso y agobiante”, describió el oficial.

Ante la posibilidad de pasar mojados otra noche gélida, decidieron hacer un alto en un sitio que el mapa describía como una elevación, pero estaba del otro lado del arroyo Malo. Era una cabaña de ovejeros, aparentemente abandonada. Su nombre: Top Malo House. *“Luego de cruzar el arroyo de agua helada y torrentosa, donde algunos cayeron al resbalar en el verdín de las piedras del lecho, abordamos la casa con técnicas apropiadas para el caso, en previsión de que estuviera ocupada por el enemigo. La sección se dividió en dos grupos: uno ocupó el piso superior y el otro, la planta baja. Sabíamos que el estar dentro de la casa no ofrecía seguridad, pero existía una real necesidad de recuperarnos y secar el equipo para poder enfrentar con éxito las futuras exigencias. La decisión que se adoptó ante el dilema planteado, la pagaríamos con sangre horas más tarde...”*



Top Malo House antes del violento combate

EL COMBATE

Se despertaron muy temprano, cuando aún estaba oscuro. No sentían frío después de dormir secos y haberse recuperado físicamente; mientras desayunaban con chocolate caliente y galletitas, comentaban lo que hubieran sufrido de haber permanecido en Monte Simons. Concluido el desayuno, todos comenzaron a alistar sus equipos, ya con buen ánimo para soportar otra jornada de marcha. Eran las ocho y empezaba a clarear. En ese momento oyeron ruidos de aspas de helicóptero. Algunos especularon en un rescate anticipado: no estaban muy lejos de la capital, era el día señalado para ser recuperados, y la zona era la probable.

No era creíble que se tratara de un aparato británico; pero alguien acotó que los argentinos no volaban sin luz. Pasó cerca, a unos cuatrocientos metros, y el sargento primero Pedroso observó: *“Me pareció ver que no tiene la franja amarilla. A causa de la bruma se distinguía poco, ni aun recurriendo a los visores nocturnos, y sólo se oían los motores que al rato cesaron.”* Reinaba incertidumbre, pero se aceleraron los preparativos para abandonar el edificio. El capitán Vercesi, ya con su correa colocado aunque sin la mochila puesta, se hallaba en la cocina, y echando rodilla en tierra, intentó comunicarse por radio.

En la planta alta, el teniente Espinosa recorría el horizonte con la mira telescópica de su fusil. De pronto exclamó: *“¡me parece que hay gente que viene avanzando! Helguero, respondió ¡No, mi teniente!, deben ser ovejas, que hay muchas por acá.”* Un lúgubre presentimiento invadió a Vercesi. A su lado se hallaba el Sargento primero Mateo Sbert, aquel al que mucho apreciaba por haber compartido destinos anteriores y en quien había descubierto algo mucho más importante que un subordinado eficiente. Ante la extrañeza de éste, le tendió la mano, se la estrechó y reteniéndosela un segundo, le dijo con profundo afecto *“¡Suerte, Turco!”*. Elementos del *M. & A. W Cadre* (Cuadro de guerra para la Montaña y el Ártico) habían descendido de un helicóptero a unos mil metros de la posición argentina. Los mandaba el capitán Boswell quien puso a los siete hombres de su grupo de apoyo, comandado por el teniente Murray a ciento cincuenta metros de la casa, mientras con los doce del grupo de asalto la contorneó hacia el sudeste, protegido por una elevación.

Entendiendo que se trataba de tropas especiales argentinas, daba por hecho que tendrían centinelas afuera. Era consciente que por donde se movían, el terreno estaba dominado por una ventana del piso superior. Cuando Boswell consideró que estaba suficientemente cerca de la casa y a la vista de su grupo de apoyo, dio orden de armar las bayonetas, aunque seguía sin dar crédito a la posibilidad de que hubiera personal enemigo justo dentro de una casa... Ante el anuncio de Espinosa del avance de hombres no identificados, el sargento primero Castillo subió la escalera.

Efectivamente distinguió bultos, pero sin precisar su naturaleza, pese a que ya se había levantado el sol y la claridad permitía distinguir mejor el campo. De pronto, un haz de luz se reflejó sobre una de las presuntas ovejas: un soldado británico, inadvertidamente, había hecho espejar el sol de su anteojo de campaña con el cual observaba mejor la casa.

“¡Ingleses! ¡Ahí vienen!” resonaron los gritos dentro de la casa. Automáticamente el teniente primero Gatti, como radiooperador, sacó sus claves e instrucciones del bolsillo y las quemó. Todos se pusieron en movimiento para salir; Castillo gritó a Espinosa, mientras se abalanzaba hacia la escalera: *-¡Vamos mi teniente!* Este le replicó: *¡No, yo me quedo! ¡Desde acá tengo mejor campo de tiro!*

En el mismo instante en que abría el fuego, la casa tembló por la explosión de un proyectil antitanque Carl Gustav. Comenzaron los disparos de ambas partes. Los ingleses se incorporaron y avanzaron corriendo; varios de ellos utilizaban lanzacohetes descartables Law de 66 Mm y fusiles lanzagranadas M-79 de 40 Mm. Vibraba la estructura de la casa por los impactos sobre sus chapas exteriores, y cantidades de balas atravesaban las endebles paredes de madera. Los comandos argentinos no vacilaron en abandonar el edificio para combatir mejor desde el exterior.

El capitán Vercesi logró llegar corriendo hasta un alambrado colocado antes del arroyo, y allí, con enorme presencia de ánimo, tomó posición de pie y comenzó a hacer fuego y a recibirlo. *“Salimos entre los dos, yo te apoyo”*, avisó Medina al teniente Martínez. Al hacerlo, este último sintió que lo golpeaba fuerte en la espalda una granada caída dentro de la casa, y cayó al suelo. Comenzó a arrastrarse. El impacto había sido en la cocina, volteando un panel sobre Medina, al que tiró aturdido contra la pared, pero también pudo salir. Castillo se precipitó escaleras abajo, y al pisar el último escalón sintió la explosión de un cohete detrás, que destrozó e incendió la escalera.

El humo comenzaba a invadirlo todo. Luego de Castillo, Helguero quiso abandonar la casa. Pero una granada que explotó en la puerta, entre ambos, lo hirió en el pecho arrojándolo hacia adentro sobre Pedroso, que venía por detrás. Una granada lanzada con fusil M-79 penetró por la ventana del piso superior, matando instantáneamente al teniente Espinosa. El estallido aturdió a Brun y Gatti, que estaban allí: un acre olor a pólvora se sintió en forma penetrante. La llamarada, el ruido y la sensación de vacío que produjo, conmocionaron a los dos oficiales sobrevivientes por unos instantes. La casa temblaba por los tiros y ya comenzaba a arder. Gatti se recobró del shock causado por la onda expansiva, tomó su fusil y fue hacia la escalera: ésta no existía, era un completo aro de fuego hasta abajo. Sin pensarlo saltó por medio de él.

El teniente primero Brun, al tiempo que Espinosa caía hacia atrás ensangrentado, sintió una esquirla que le cortaba la frente. Supo que la próxima explosión no lo perdonaría, e instantáneamente se zambulló a través del tragaluz. A medida que caía podía oír los balazos que pegaban contra la pared enchapada. Cayó desde una altura no menor de cinco metros, procurando cubrirse la cabeza, pero recibiendo tan fuerte golpe que quedó completamente aturdido. Merced a su excelente estado físico y a la inmediata reacción no fue muerto en esa oportunidad. A un tremendo dolor en la frente y en la cabeza se sumó que no veía bien: *¡Dios mío perdí un ojo!*, pensó en el acto, aunque la falta de visión le había sido producida por la pólvora que le quemó la cara, y la sangre que le caía en la frente.

Los Comandos habían logrado en su mayoría abandonar Top Malo House. La abnegación de Espinosa, que con su resistencia atrajo el fuego enemigo hacia el segundo piso y la reacción de aquellos de salir para combatir, sorprendiendo a la tropa británica habían impedido el total aniquilamiento de la patrulla.

En forma descuidada, disparando de pie con sus pistolas ametralladoras y lanzagranadas desde la cintura sin cubrirse, los ingleses no tuvieron en cuenta el impulso de la sección de Comandos. Estos avanzaron corriendo hacia el arroyo, al tiempo que tiraban con sus fusiles. Las balas enemigas pegaban en el suelo siguiendo sus huellas. El teniente primero Brun pudo hacer algo más de cincuenta metros hasta que cayó sentado, atontado, sintiendo un constante zumbido en su cabeza a consecuencia de su violento golpe.

De pronto vio venir derecho hacia él una granada. En forma instintiva la alejó con su mano al llegar, a tiempo que tornaba la cabeza. El artefacto explotó muy cerca, cubriéndole de esquirlas la espalda, y averiando su fusil. Luego sacó la pistola e hizo fuego contra un escalón británico que se aproximaba, pero a los pocos disparos se le trabó. Tomó entonces una granada y la tiró, pero por la conmoción sufrida no advirtió quitarle el seguro. En esos momentos un tiro le hizo impacto en su pantorrilla derecha. El teniente primero Gatti también había podido salir, llegando ileso a una zanja situada metros abajo de la casa, antes de alcanzar el arroyo Malo. Cerca de Vercesi, Gatti disparaba arrodillado, mientras veía cómo la munición enemiga levantaba el barro a su alrededor. Losito estaba herido. Al abandonar el edificio en medio del humo que lo envolvía y las balas que lo atravesaban, dirigiéndose por la cocina hacia el porche para alcanzar el arroyo, una granada había explotado contra la pared dos metros atrás, derribándolo ensordecido y lastimándolo en la cabeza. Sintió un golpe quemante y un fuerte ardor, pero seguía dueño de sus movimientos.

La sangre le caía detrás de la oreja y por la mejilla. Un grupo de cuatro ingleses ubicados a no más de veinte metros lo dieron por muerto y continuaron disparando sus lanzagranadas contra la casa sin prestarle más atención. Entonces Losito se levantó y medio agazapado vació contra ellos un cargador en automático. Un inglés cayó tocado en una pierna y el resto echó cuerpo a tierra. Luego emprendió la carrera hacia el arroyo, cambiando de posición y disparando a cada rato, perseguido por los proyectiles enemigos, esperando a cada instante un tiro en la espalda. Era su intención cruzar el curso de agua y trepar por la altura del frente.

La casa estaba ubicada en una hondonada, pero a unos cuantos metros antes de alcanzar el arroyo Malo, encontró la zanja y decidió ocuparla. Al darse vuelta para volver para hacer fuego, un impacto en su muslo derecho lo volteó de espaldas en la zanja. Herido dos veces, rodeado de enemigos que avanzaban haciendo fuego y sin posibilidad de reaccionar, se dio por muerto. Un soldado inglés se aproximaba gritando, pero rápidamente le hizo fuego y lo abatió. El sargento primero enfermero Pedroso y el sargento primero Helguero pudieron salir de la casa en llamas y abandonarla a través de una ventana, cayendo aturcidos por los estampidos y echando a correr.

A los quince metros, Helguero se desplomó, doblado por el dolor de su herida en el pecho. Medina se dio cuenta que quedaba solo y que el enemigo estrechaba el cerco. Con la protección que le brindaba el fuego que hacía el sargento primero Sbert, alcanzó la zanja donde sus compañeros estaban tirados y arrodillándose, comenzó a disparar. Los británicos se aproximaban a ellos, y estaban a cincuenta metros, cuando Medina pudo hacer impacto en un inglés, al cual siguió tirándole ya caído por ignorar si había muerto. De pronto sintió un golpe en su pierna izquierda, que no creyó herida por no sentir dolor, al tiempo que algunas granadas estallaban detrás de él, matando al abnegado Sbert, que lo estaba cubriendo. La onda expansiva de varias explosiones simultáneas lo había destrozado por concusión, dañando mortalmente sus órganos internos.

Retrocedió Medina y pudo derribar a otro soldado enemigo. Pero la patrulla de Comandos estaba completamente aferrada. Es indudable que la posición argentina pudo haber sido eliminada sin correr mayores riesgos, atacándola con cohetes y bombas desde el aire. Quizá el M. & A. W Cadre haya imaginado que luego de sus primeros disparos, los refugiados en Top Malo House se rendirían y que no saldrían a combatir afuera; pues lo cierto es que permitiéndoles abandonarla sin estar rodeada por completo, respondieron enérgicamente, haciéndoles fuego desde un flanco mientras avanzaban.

Los ingleses no imaginaban tan vigorosa resistencia ni las varias bajas que ocasionarían al equipo de Boswell. Ellos mismos caracterizaron la acción como "un combate fiero y breve". Con todo, por más ardoroso que fuera su ánimo, la primera sección de la Compañía 602 no tenía escapatoria. Ignoraban la presencia de la patrulla del teniente Haddow, que permanecía al acecho detrás del arroyo, oculta en la elevación que lo dominaba. El teniente Daniel Martínez se había guarecido en el cobertizo del fondo, arrastrándose en dirección al agua en medio de los proyectiles que le pasaban por encima o pegaban cerca de él.

Disparó contra un par de soldados que iban corriendo, obligándolos a tirarse al suelo, notando que los ingleses tenían dirigida su atención a la zanja cercana al arroyo donde sus compañeros, en línea, respondían al ataque. Mientras tanto, un británico salió velozmente del depósito de atrás, disparándole, pero Martínez le disparó una ráfaga de FAL haciéndolo caer a tres metros de distancia. El fragor del combate se aumentaba por el ruido de las municiones que explotaban dentro de la casa en llamas. Losito, caído sobre el extremo de la precaria trinchera había podido observar cómo Medina se movía hacia Sbert al haber éste muerto, y sabiendo que él también iba a sucumbir, agazapado y dificultosamente reinició sus disparos.

A veinte metros por la derecha avanzaban dos ingleses a paso ligero, disparándole con sus pistolas ametralladoras. Losito derribó a uno de ellos. En la otra punta de la línea, Vercesi vio llegar al teniente primero Brun, cubierto de sangre de la cabeza a los pies, quien cayó a su lado. Detrás de los tiradores británicos que avanzaban en cadena, pudo distinguir que cerca de la casa, el sargento primero enfermero Pedroso, arrodillado para cubrir a Helguero, agitaba un trapo blanco indicando que allí había un herido y que no combatía. El jefe de la sección miró a Brun espectacularmente herido y sangrante y le dijo: *"Esto no va más"*... El oficial le respondió triste y concordantemente: *"No, no va más"*. Entonces el capitán levantó su fusil, ordenando cesar el combate. Con un setenta por ciento de bajas, no tenía sentido proseguir esa briosa resistencia; sólo quedaban ilesos él mismo, Gatti y los sargentos primeros Castillo y Pedroso.

El teniente primero Gatti lo imitó gritando: *"¡Alto el Fuego!, ¡alto el fuego!"* Miguel Ángel Castillo no se conformó, e instaba: *"¡Todavía no se entregue, mi capitán!"* No muy lejos, tirado en la zanja, Losito podía observar que continuaban rebotando impactos en torno a su compañero. Losito gritó desesperado: *"¡Gatti, cúbrase; no se rindan, carajo, porque nos van a matar! ¡Mi teniente primero!"* -le contestaba aquél a Losito-, *¡no tire más que estamos totalmente rodeados!* Pero éste no cejó. Dispuesto a morir peleando se preparó para disparar al otro soldado de la pareja que se le acercaba, pero ya no pudo hacerlo: la pérdida de sangre se lo impidió y se derrumbó de espaldas en la zanja. Plenamente consciente todavía, pudo ver que el enemigo se paraba con sus piernas abiertas sobre el borde apuntándole con su pistola ametralladora.

En un instante fugaz se encomendó a Dios, esperando morir rápido. Volvió a levantar los ojos y el inglés le intimó: *"¡Up your hand!, ¡up your hand!"* (Arriba las manos). Losito estaba muy débil y el inglés, advirtiéndolo, dejó su ametralladora, y quitándole el fusil, tomó al oficial por la chaquetilla para sacarlo, con palabras de aliento. *"No problem. No problem, it's the war"* (No hay cuidado, es la guerra). Le hizo un torniquete en una pierna y le inyectó morfina con una jeringa descartable que sacó de su pecho, luego de lo cual le pintó una "M" en la frente. Enseguida pidió auxilio para transportarlo.

Sonaban todavía algunos disparos. Medina, sordo por las explosiones y atento sólo a su frente, mantenía el fuego, y Gatti, nuevamente le gritó: *"¡Medina, Gordo! ¡Dejá de tirar que nos matan a todos!"*. Cuando el suboficial levantaba sus manos, volvió a ser alcanzado en el muslo de la misma pierna izquierda por una granada, que le produjo una herida impresionante. Se acercó el cabo primero Valdivieso para ayudarlo pero fue también alcanzado, cayendo al suelo. El fuego cesó bruscamente, por ambos lados.

Miguel Ángel Castillo no quiso correr riesgos: *"Yo me quedé tirado"*, relató, *"pensé que si me paraba me iban a poner fuera de combate, así que me quedé en el suelo con el fusil al costado, hasta que llegaron dos tipos a mi lado: apartaron con su pie el fusil, me apuntaron, y por señas me indicaron que me levantara"*. Todos los británicos avanzaron para tomarlos. Cada uno de los argentinos permaneció en el lugar en que se hallaba y los hombres de Boswell se apoderaron de su armamento y les hicieron quitar el correa. Se oían quejidos y órdenes en inglés. *¡Finish the war!*, (terminen la guerra), repetía el jefe británico para abortar cualquier reacción desesperada, aunque el estado de los Comandos argentinos tornaba ilusoria cualquier otra medida. A la distancia, Top Malo House terminaba de arder. Al concluir el combate, desde el otro lado del arroyo apareció otra patrulla británica, que corriendo y gritando, abrazó a los vencedores. La patrulla de Hadow, que había observado todo el combate, avanzó agitando una bandera británica como una señal para ser reconocida.

Los británicos ataron las manos de sus prisioneros mientras los revisaban, y luego volvieron a soltarlos, indicándoles que recogieran a sus heridos y muertos. Ellos también comenzaron a atender a los de uno y otro lado, juntando las armas y correajes de aquellos; algunos mantenían apuntados a los Comandos ilesos. El capitán Boswell, con una libreta en la mano, pasaba lista a voces para conocer sus bajas. Éstas eran relativamente numerosas, dada la iniciativa del ataque y el armamento usado: 5 muertos y ocho heridos. Algunos hombres lloraban en torno a un cadáver que posiblemente fuera del segundo jefe del M. & A. W. Cadre.

Los Comandos argentinos que estaban en mejor estado se dirigieron a ayudar a sus compañeros. Vercesi pasó junto a un herido inglés muy pálido, alcanzado en el pecho, que se hallaba tirado en el suelo apoyado en el regazo de un camarada, quien lo saludó murmurando: *¡Friends, friends!* (Amigos). Los que aparentaban estar más graves eran los tenientes primeros Brun y Losito, completamente cubiertos de sangre; el teniente Daniel Martínez fue interrogado para saber si había sido tocado: *"No problem"*, contestó, ignorante del balazo que había recibido en un pie. En un grupo estaban reunidos Medina, Valdivieso y algo alejado, Losito.

Se le acercó Pedroso quien se había hecho reconocer como enfermero, con su brazalete de la Cruz Roja. Acompañado de su custodio, y controlando el pulso de Omar Medina, le dijo: *"Quedate tranquilo; no tengo nada para darte ahora; esto está coagulando bien. Acordate de soltar el torniquete para que circule la sangre."* Al suboficial lo había vendado un inglés. Otro que se aproximó comenzó a tratarlo con un paquete de curaciones; la hemorragia hizo que el sargento primero se desmayara por un momento. Recuperado de a poco, fue el teniente Martínez para cargarlo: *"¡Cómo pesás!"* *"A mi no me pasó nada"*, le explicó, desconociendo aún haber sido también herido. Pero al llegar al lugar de reunión, Martínez sintió un dolor como una torcedura; asombrado, hizo un movimiento y pudo ver que le salían borbotones de sangre. Se quitó el borceguí y la media y comprobó que había sido alcanzado en el talón por una bala de fusil M-16, sin orificio de salida. Uno de los militares británicos comenzó a hablarle y Pedroso le tradujo: *"Dice que te tapes para que no se enfríe, porque te va a doler. Daniel Martínez volvió a calzarse, ató bien su borceguí y se hizo un torniquete, sintiendo efectivamente mucho dolor"*, y pasó a ser un herido más.

El suboficial enfermero tuvo una lucida actuación. Prácticamente sin elementos, trató de estabilizar y contener las hemorragias y de calmar a sus compatriotas. Losito comenzó a temblar por la pérdida de mucha sangre y por estar muy mojado. Entonces, Pedroso le sacó el gabán de duvet al pobre Sbert y se lo puso a Losito. Luego, se sentó en la nieve y lo puso sobre su regazo, abrazándolo para darle un poco de calor. Igual procedimiento empleó el teniente primero Gatti con el sargento primero Medina. Los prisioneros, heridos e ilesos, fueron retenidos a un costado de la casa incendiada, hasta que los helicópteros vinieron a llevarlos.

Al teniente primero Brun lo animó el ver a Losito vivo, quien, agotado, débil y dolorido, lo alentó: *"Tranquilo, Cachorro, no más"*. El médico británico revisó a todos, marcando con una "M" sobre la frente de los inyectados con morfina. La pierna de Medina, desgarrada y con una fractura expuesta, presentaba mal aspecto; Helguero estaba muy preocupado por su herida sobre el corazón, porque ignoraba su profundidad.

Vercesi se notaba sumamente afectado: pidió ir por el cuerpo de Espinosa pero el capitán inglés meneó su cabeza y le dijo que era inútil. El final del abnegado teniente conmovía a todos. Mirando la casa que terminaba de quemarse, Brun murmuró: *"Espinosa está ahí adentro..."* Luego, la morfina y la solícita atención médica británica, los calmaron, y entonces, agobiados, comenzaron a observar más detenidamente a sus vencedores, pintarrajeados sus rostros y tocados con boinas verdes...

Pero de quienes habían quedado ilesos, tal vez quien más se mostraba mortificado, era el capitán Vercesi. Además de la negativa recibida de ir a buscar a Espinosa, conmovido, con dolor y angustia, agachado al lado del cadáver de su sargento primero Sbert, le decía: *"¡Qué me has hecho, Turco!"*...

El resto de esta historia es más o menos conocida por los tantos combatientes, que habiendo sido tomados prisioneros de guerra, pasaron por la dura espera de los interrogatorios de las fuerzas inglesas, que no obstante, demostraron una actitud general sumamente profesional.

Atrás, el servicio de sanidad británico, había atendido y evacuado a los heridos, mientras que los cadáveres de los caídos, fueron rápidamente reunidos y llevados a enterrar. Las formas en que esto sucedió, escapan del conocimiento preciso de los integrantes de la Sección de Comandos argentinos. El cuerpo de Espinosa no pudo ser recuperado porque no quedaba absolutamente nada de él. Terminado el proceso de interrogatorio como Prisionero de Guerra hecho a Vercesi, lo fueron a buscar para ir a sepultar a Sbert en el exterior de un edificio que había sido alguna vez un frigorífico, en cuyas adyacencias ya había algunas cruces.

Al Tano lo acompañaron otros camaradas cuyos nombres no recuerda, y con los ojos fijos en la bolsa que contenía el cuerpo del camarada fallecido, se desplazaron transportándolo hasta el lugar de entierro. Con rendición de honores póstumos por parte de los británicos, lo sepultaron en silencio en un sector donde ya había otras cruces. El dolor moral de José Vercesi era insostenible. Él, que había elegido especialmente a Mateo Sbert, y a Ernesto Espinosa los había conducido a la muerte, sin mencionar las otras bajas que por graves heridas había tenido en su sección.



Top Malo House, luego del combate

EL REGRESO DE LA GUERRA

El resto del tiempo en el que estuvo como prisionero de guerra, Vercesi, no dejaba de recordar a sus muertos, en combate. Silenciosas cavilaciones que no cesaban cuando regresó al continente y que durante años, perdurarían en su espíritu, siempre leal hacia el camarada caído. De regreso en Córdoba, una de sus primeras actividades, fue visitar a la familia de Mateo. Su esposa, entera y firme como una vara, escuchó el relato de quien fuera el jefe de su marido, contándole la forma en que falleciera. Los tres hijos, sin entender mucho de lo que sucedía, salvo el mayor, Maximiliano que “paraba un poco más la oreja” que sus hermanos, conocían muy poco a este hombre que se deshacía mostrando su alma herida a la mujer del generoso soldado Mateo Sbert.

Se produjeron un par de encuentros más entre el capitán Vercesi y su familia y a la esposa del sargento ayudante post mortem. Las mujeres congeniaron y los chicos, de edades próximas, también... y el tiempo fue pasando, mientras estas dos familias sufrientes por haber vivido y perdido en una guerra, compartían sentimientos y paliaban el dolor generado por la ausencia de quien ya no estaba más. Los chicos fueron creciendo. Pero la vida continuó y nuevos pases y traslados, fueron poniendo distancia física entre esta buena gente. Ocasionales encuentros reemplazaron a aquellas asiduas visitas. Luego un largo impass...

LOS CHICOS CRECIERON

La Nación reconoció a quienes se batieron por ella en las islas y Sbert, a título póstumo recibió la condecoración "La Nación Argentina al Heroico Valor en Combate", que hoy guarda Maximiliano, junto con otros preciados objetos, entre los que se encuentra una sentida esquela que le entregara Vercesi en algún momento. Esta expresa: ... *"Sí, mi sargento primero, tenga la seguridad que usted materializa para nosotros esa frase de Unamuno que debería ser el lema de todo argentino bien parido: 'Vivir se debe la vida, de tal suerte que viva quede en la muerte.'*" Estas palabras tienen una dedicatoria para una joven promesa: Maximiliano: *"Con el profundo cariño de un padre". "José Vercesi, ex Jefe de la 1ra Sección de la Compañía de Comandos 602"*

...Y sí, la promesa se cumplió. Un día, Maxi anunció que seguiría los pasos del padre y así fue como encaró la carrera militar, siendo hoy teniente primero del arma que eligiera también aquel: Ingenieros. En todo ese tiempo que medió hasta el presente, ocurrieron hechos que volvieron a aproximar a las familias y que marcaron vivamente y en particular, la vida de Maximiliano. Entre ellas, la idea fija de viajar a las Malvinas y conocer el lugar donde su padre había ofrendado su vida a la Patria. Quería conocer especialmente aquel olvidado y solitario paraje en la soledad malvinera, azotado por el frío, húmedo y salino viento del mar... Quería ver cómo era aquel trozo de suelo patrio en el que había expirado su padre.

Y como quien busca, generalmente encuentra, tras no pocos esfuerzos por superar las barreras burocráticas que dificultan pasar a otra parte insular de nuestro propio territorio, logró llegar a Puerto Argentino. Consiguió alquilar los servicios de alguien que lo guiara y allá fue, abrigado y calzado como lo estuviera su padre, para llegar, un largo rato después, a un desolado punto en medio del campo, con onduladas lomadas y un arroyuelo que buscaba el mar, el arroyo Malo. En silencio, con el único ruido permanente del viento, observó el panorama: allí, un montón de piedras calcinadas señalaba donde veinte y pico años atrás se había batido heroicamente, la 1ra Sección de Asalto de la Compañía de Comandos 602.

Una botella fundida por el calor, vainas servidas desparramadas por doquier, un viejo y ya acartonado poncho impermeable, empujado por el viento contra un lugar en el que se enganchara y unas cuantas chapas retorcidas, quemadas y perforadas, eran lo que quedaba de la cabaña de ovejeros que había sido Top Malo House. Lloviznaba y soplaban un frío viento. En silencio y largamente, oteó el horizonte en los 360°, aspiró profundo, y de inmediato le vino a la memoria el joven rostro de treinta y tres años que guarda de su padre cuando muriera. Pensativamente, examinó todo y con recogimiento, levantó un puñado de aquella tierra sagrada, que guardó en una bolsita plástica.

Muchas fueron a su regreso, las horas y ocasiones en que contó esto a su familia... y al ya retirado teniente coronel José Vercesi, aquel que había sido el jefe de su padre y ahora, superior suyo. Luego de unos cuantos años, lo había ubicado y quería compartir su experiencia de viaje con quien había confiado en *su viejo*, aquel con el que había mantenido una especial amistad. Largos y profundos encuentros, comentarios y charlas se fueron multiplicando entre ambos, siendo muchas las ocasiones en que previa llamada, Maximiliano anunciaba una próxima visita al "Tano" Vercesi, llegando incluso a generarse una muy próxima y profunda estima mutua. Parecía que el teniente primero Maximiliano Sbert, haciendo honor a su apellido, continuaba la lealtad al jefe que había tenido su padre...

Pero no todo termina aquí. Los ríos de la vida a veces discurren por insólitos meandros. Las ocasiones en que estos dos hombres se fueron encontrando y visitando y las oportunidades en que la familia Vercesi acogió en su seno a Maxi luego del viaje que hiciera a Malvinas, generando largas charlas entre el ya retirado teniente coronel y el joven teniente primero, fueron preparando el terreno para uno de esos giros con que la vida no deja de sorprendernos... Una de las hijas de José Vercesi, justamente la más contestataria y rebelde (¿quién no tiene un hijo rebelde?) María Gracia, "Chachi", comenzó a ser observada especialmente por este muchacho, que veía en ella, a la hija "complicada" del "Tano", a alguien que quería mucho a su padre más allá de reprocharle su fuerte personalidad. Ella veía que su padre había sufrido mucho por esa guerra.

Y Maxi, leía en la mirada de Vercesi, que había querido mucho a su propio padre, a Mateo, por encima de las diferencias jerárquicas. Lo había hecho rescatando las cosas más altas y puras que tiene la vida militar, habiéndolo apreciado más allá del entendimiento del común de la gente, tal como muchas veces todavía –a pesar de todo-, suele verse en la Milicia, “esa religión de hombres honrados”...

La rebeldía de Chachi fue dando paso a otro tipo de actitudes y al tiempo, se había hecho muy amiga con Maxi. Así fue como nació una intensa relación entre estos dos jóvenes, hijos de familias golpeadas en diferente forma por la guerra y siendo ya ambos bastante maduros, pronto derivaron en un noviazgo hecho y derecho. Luego vino el casamiento y como Dios manda, también está hoy esta pareja, esperando la llegada de un vástago. Un hijo que tendrá una mezcla de sangres nobles, porque más allá de que un nieto de Vercesi lleve el apellido Sbert, llevará seguramente encarnados los más puros y nobles sentimientos de lealtad que mantuvieron los dos camaradas de armas, unidos eternamente más allá del cumplimiento de su misión...



Top Malo House, hoy...En la foto, Maximiliano Sbert y el hermano del Tte 1ro Estévez, en su visita a las Islas